

No-neutralidad de la producción: un presupuesto técnico de la perspectiva obrerista.

Andrea Fagioli.

Cita:

Andrea Fagioli (2013). *No-neutralidad de la producción: un presupuesto técnico de la perspectiva obrerista*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/235>

X Jornadas de sociología de la Uba.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI. 1 a 6 de julio de 2013.

Mesa 15: Proletariado, trabajadores y productores siglo XXI.

Título de la ponencia: "No-neutralidad de la producción: un presupuesto técnico a la perspectiva obrerista", Fagioli Andrea, Licenciado en Filosofía de la Universidad de Perugia (Italia)

En el secreto taller de la producción, escribe Marx en el cuarto capítulo del primer libro del *Capital*, encontramos un letrero que dice: *No admittance except on business*. En esta imagen que recuerda el *Lasciate ogni speranza oh voi ch'entrate* del *Inferno* de Dante, Marx quiere mostrar no solamente cómo produce el capital, sino también cómo se produce. Se trata de la invitación a dejar la esfera de la circulación, una esfera dominada por las relaciones liberales – donde reinan Igualdad, Libertad, Propiedad y Bentham - que disuelven formalmente las subordinaciones personales de tipo feudal, para adentrarnos en la esfera donde los hombres no son todos igualmente libres. En la producción encontramos dos figuras subjetivas que nos permiten poner el antagonismo en el corazón mismo del capitalismo, en el modo de producir: el poseedor de dinero, que se vuelve capitalista, sonriente y con aire de importancia, y el poseedor de fuerza-de-trabajo, tímido, con la actitud de quien llevó su piel al mercado y está esperando que lo curtan (Marx 2008).

Dejemos por ahora de lado esta cita del *Capital* de Marx, a la que volveremos al final del recorrido que nos proponemos en el presente trabajo; es decir, elucidar cómo la negación de la neutralidad política de la técnica, representa uno de los fundamentos filosóficos del *operaismo* (y posteriormente del *post-operaismo*). La problemática cobra interés en esta sede por dos razones. En primer lugar porque desde ese archipiélago de movimientos que llamamos *operaismo* surgió probablemente el primer intento de imaginar la superación del paradigma fordista-industrial. En efecto, algunos autores reconducibles a la galaxia obrerista, como Toni Negri y Paolo Virno, fueron entre los primeros en tematizar filosóficamente nociones tales obrero social y productividad inmediata del saber, que remiten a las de trabajo inmaterial y capitalismo cognitivo. Se trata de conceptos que en esta mesa se toman como eje de la discusión y que intelectuales obreristas empezaron a usar cuando todavía la mayoría de los análisis de los movimientos marxistas se enfocaban en el modelo industrial, centrado en la fábrica y en la mitificación del obrero que la habitaba.

Pero esta problemática nos interesa, inclusive más, por un segundo motivo. Porque el *post-operaismo* (que en este sentido se pone en continuidad con el *operaismo*) representa una hipótesis de genealogía del modo de producción que sucedió al modelo industrial. Una genealogía en el sentido en que la entendía Foucault: la búsqueda del punto de emergencia de esa nueva etapa del capitalismo y de las luchas que, desde esa perspectiva, la produjeron.

En este segundo punto nos centraremos en particular porque trae a colación de forma directa el tema que aquí queremos desentrañar: la puesta en tela de juicio de la neutralidad tecnológica, sin la cual se torna imposible la que fue definida revolución copernicana del *operaismo*. Una revolución que sigue estando presente en el trabajo de dichos autores.

Primero que nada tratemos de definir brevemente los conceptos que vamos a utilizar.

No vamos a diferenciar entre técnica y tecnología - en algunos idiomas la segunda remite a procesos productivos industriales estrechamente vinculados con la ciencia, mientras que no tiene ninguna diferencia en otros, como el francés *La technique* y el alemán *Die Technik*. Moviéndonos en un horizonte marxiano, podría parecer muy vago el uso del vocablo técnica, que no encontramos entre sus categorías, ya que en el momento en que Marx muere no se ha dado todavía el debate filosófico sobre la técnica como lo conocemos ahora. De todas maneras, como sugiere Cornelius Castoriadis, los conceptos marxianos de trabajo, industria y fuerzas productivas no dejan de apuntar a lo que hoy entendemos por técnica: el autoengendramiento del hombre por el hombre y la generación del mundo humano (Castoriadis 2004).

Volvamos ahora a los obreristas. La subordinación del capital a las luchas obreras – de esto se trata en extrema síntesis la revolución copernicana - se sustenta solamente pensando que los procesos de producción, que a primera vista parecen neutrales, objetivos y determinados por un desarrollo que avanza linealmente según una dirección establecida, tienen en realidad una profunda naturaleza política.

Escribe Mario Tronti en un ensayo del año 1964, titulado, *Lenin in Inghilterra*, y que se considera como la formulación de la revolución copernicana:

nosotros también vimos antes el desarrollo capitalista y después las luchas obreras. Es un error. Hay que invertir el problema, cambiarle el señó, re-empezar desde el comienzo: y el comienzo es la lucha de clase obrera. A nivel de capital socialmente desarrollado, el desarrollo capitalista está subordinado a las luchas obreras, viene después de ellas y a ellas tiene que hacer corresponder el mecanismo político de su misma producción” (Tronti 2006: p.87).

Traduciendo en otras palabras este párrafo, absolutamente central para la formación de la perspectiva obrerista, Tronti sostiene que el motor del “desarrollo” capitalista – se tome acá la palabra desarrollo con todas las precauciones que el contexto amerita – son las luchas de los trabajadores. Es decir que en una sociedad capitalista, aunque así nos parezca, no es el capital fijo el que estructura y re-estructura continuamente la manera de producir en base a los avances técnicos de su época y al que posteriormente las luchas se adecuarían. Al contrario, es la amenaza que la resistencia del trabajo vivo representa para la valorización del capital, el factor que empuja el desarrollo tecnológico-capitalista.

A primera vista, y este vendría a ser el error que admite Tronti, el capital fijo parece determinado por el estado de la técnica en una determinada época. Un desarrollo que sigue una dirección lineal, inscrita en ella y lo hace de forma independiente respecto de las relaciones de clase y del tipo de organización política que tiene alrededor. Una posición que no piensa posible entrar al secreto taller de la producción y limita la posibilidad de crítica a la esfera externa de los salarios y de los consumos. Se trata de una posición que, como recuerda el australiano Steve Wright, se parece mucho a la de Ricardo, que aceptaba como eternas las relaciones de producción y consideraba el campo propio de la Economía política limitado a la esfera de la distribución (Wright 2008). Sin embargo, es la postura que adoptó también la mayoría de los marxistas del siglo XX.

No es nuestro interés establecer la posición más fidedigna, la que redescubriría el “verdadero Marx” desenmascarando las demás. Nos parece que ambas se encuentran amparadas por la obra de Marx y muchos pasajes de su obra pueden autorizar tanto una lectura como la otra. Es por eso que Castoriadis tilda de ambigua la idea de técnica en el filósofo de Treviris y distingue entre el Marx de los *Manuscritos filosóficos y económicos* de 1844, por el cual era necesario atribuir importancia tanto a un nuevo modo de producción como a un nuevo objeto de producción (Marx 2005), y los escritos de su madurez, en particular el *Capital*. En esta obra, para Castoriadis

no se cuestiona ni los objetos, ni los medios de producción capitalistas, sino la

apropiación de unos y otros, el desvío capitalista de la eficacia, en sí misma irreprochable, de la técnica, en beneficio de una clase en particular. (Castoriadis 2004: 54)

Es más, la lectura del filósofo alemán podría llevarnos mucho más allá, llegando a hipotetizar una relación determinista entre la técnica y la sociedad: es decir que a una etapa histórica de la técnica correspondería automáticamente cierto tipo de sociedad. Famosas, a este propósito, son las páginas de los Manuscritos sobre capital y tecnología de comienzo de los años '60 del siglo XIX, en las cuales Marx sostiene que “al molino a sangre corresponde la sociedad feudal y al molino a vapor la sociedad burguesa” (Marx 1980). Se trata, por supuesto, de dos perspectivas (o tres) que encontramos completamente revertidas en otros puntos de la obra marxiana y que sin embargo han informado legítimamente la teoría de muchos exponentes del movimiento obrero y buena parte de la escolástica marxista.

Si bien estamos de acuerdo con Castoriadis sobre la sustancial ambigüedad de la conotación de la técnica en Marx, no nos parece que se pueda establecer un corte de tipo cronológico, sino que podemos fundamentar distintas posturas respecto del problema de la técnica en el mismo *Capital*, como demuestran las líneas que cierran el capítulo IV y que citamos más arriba. Otras partes, apoyan la lectura desde el punto de vista de la técnica que del *Capital* da Castoriadis, como demuestra este párrafo del capítulo V:

La producción de valores de uso o de bienes no cambia su naturaleza general por el hecho que esa adviene por parte del capitalista y bajo su control. Entonces el proceso de trabajo tiene que ser considerado en un primer momento independientemente de cada forma social determinada (Marx 2008)

Acá, pese a especificar “en un primer momento”, aparece claro que Marx se inclina hacia una lectura neutral de la producción de valores de uso. Esto no quita cuanto dijimos anteriormente, que podemos encontrar en la misma obra la fundamentación para otro tipo de interpretación, como trataremos de demostrar más abajo al analizar un ensayo de Raniero Panzieri.

Actualidad de la revolución copernicana. Como ya adelantamos, la lógica de la revolución copernicana, lejos de ser una pieza de museo que pertenece a otra época, la seguimos viendo a la obra en los trabajos más recientes de los principales autores que podemos etiquetar como post-obreristas, como Toni Negri/Michael Hardt y Paolo Virno. Se trata de una concepción que intenta conceptualizar el horizonte post-moderno utilizando el paradigma de la pugna entre dos poderes: un poder constituido vampiresco, que extrae riqueza y expropia, frente a un poder constituyente expropiado pero que siempre excede al otro y que empuja sobre sus fronteras, derribándolas y obligando al primer poder a reconstituirse bajo nuevas formas. Estas mutaciones tienen que permitir al poder vampiresco seguir expropiando y llevan la pugna a un nivel superior. A este nivel, el poder constituyente se adecúa y vuelve a escapar al poder constituido. Es así en *Imperio* de Negri-Hardt, donde es la multitud que torna obsoletos los paradigmas soberanos, las formas de explotación modernas y que obliga a su contraparte a constituirse en imperio, a inventar una nueva soberanía y nuevas maneras de expropiar su poder creador.

Pero si tomamos a Virno podemos ver directamente como funciona esta lógica a la hora de pensar la genealogía del post-fordismo. Y podemos hacerlo leyendo algunos pasajes de su *Gramática de la multitud*, donde el filósofo aborda de forma directa el tema de la producción. En la primera de las *10 tesis sobre la multitud y el capitalismo postfordista* que cierra este texto del año 2002, el filósofo expone claramente la dinámica que tratamos de explicar, aplicándola a uno de los ejes centrales de esta mesa. Escribe el autor:

el postfordismo fue inaugurado por conflictos centrados en figuras sociales que, a despecho de su aparente marginalidad, se iban a convertir en el auténtico punto de apoyo del nuevo ciclo de desarrollo capitalista (Virno 2003: 109)

Asumiendo esta perspectiva, la antecendencia de los conflictos respecto del desarrollo capitalista aparece de forma evidente. Con tal de satisfacer su única necesidad vital, la de valorizarse, el capital se reorganiza frente a la conflictividad de la clase obrera, como el filósofo aclara en la página siguiente:

La obra maestra del capitalismo italiano ha sido el haber transformado en recurso productivo los comportamientos que, en un primer momento, habían asumido los rasgos del conflicto radical. La conversión de las propensiones colectivas del movimiento del 77 – éxodo de la fábrica, rechazo del puesto fijo, familiaridad con saberes y redes comunicativas – en un renovado concepto de profesionalidad (...) es el resultado más valioso de la *contrarrevolución* italiana (entendiendo por “contrarrevolución” no la simple restauración del estado de cosas precedente, sino, literalmente, una *revolución en sentido contrario*, o sea una drástica innovación de la economía y las instituciones a fin de relanzar la productividad y el dominio político). (Virno 2003: 110)

Nos parece por lo tanto que vale la pena ir a buscar el punto de ruptura que permite, desde una perspectiva de filosofía de la técnica, sustentar la revolución copernicana. A nuestro modo de ver este punto se encuentra en un ensayo del socialista herético Raniero Panzieri, del que hablamos más arriba, publicado en el año 1961 en la revista *Quaderni rossi*, alrededor de la cual se formó el núcleo de lo que habría sido posteriormente el operaismo.

Quaderni rossi y la ruptura de Panzieri. En Italia, a comienzo de los años '60 y en pleno *Miracolo economico* – el crecimiento descomunal que vivió este país en las décadas de los '50/'60 – la posición mayoritaria al interior de los partidos marxistas, el comunista y el socialista, así como de la Confederación general del trabajo (*Cgil*) miraba al desarrollo tecnológico como a una fuerza autónoma y naturalmente progresiva, perspectiva que, como vimos, es absolutamente amparada por cierta lectura de la obra marxista. La primera ruptura a nivel nacional con este tipo de mirada llegó por obra de Panzieri, animador de *Quaderni rossi*. En un ensayo aparecido en el primer número de la revista y titulado *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*, Panzieri sostiene que

el uso capitalista de las máquinas no es la simple distorsión o desviación de un desarrollo objetivo en sí mismo racional, sino que la maquinaria es determinada por el capital, que la utiliza para empujar al máximo la subordinación del trabajo vivo; a decir verdad – agrega – en la mente de los capitalistas el comando y el dominio del trabajo muerto eran una misma cosa (Panzieri 1961).

En este párrafo tenemos una ecuación muy fuerte políticamente: proceso de producción y comando son la misma cosa. Nos parece que la intención de Panzieri es acá de abrir ese secreto taller de la producción del que hablamos y que, siguiendo a Ricardo, los que podríamos llamar “objetivistas” colocan fuera del terreno político.

El objetivo de su polémica era el sindicato de la *Cgil* que a mediados de los años '50 había dirigido su atención a los cambios radicales desde el punto de vista tecnológico y económico que acompañaban la nueva fase histórica. Para Panzieri, el límite más evidente de los estudios producidos por ese interés, había sido justamente no reconocer la profunda interrelación entre tecnología y dominio de clase:

Los cambios tecnológicos eran así distorsionados en una representación idealizada, despojada de las conexiones concretas con los elementos determinantes

de poder de la organización capitalista. Aspectos que caracterizaban la nueva etapa de organización capitalista eran así asumidos como etapas de una objetiva racionalidad (Panzieri 1961).

La restructuración de la forma de producir, tenía por lo tanto, según esta perspectiva, una racionalidad que su uso por parte del capital no podía cancelar. Sigue Panzieri en el mismo ensayo:

Ni siquiera se sospecha que el capitalismo pueda servirse de las nuevas “bases técnicas” ofrecidas por el pasaje desde etapas precedentes al de mecanización extrema (y de la automatización), para perpetuar y consolidar la estructura autoritaria de la organización de la fábrica (...) se representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad 'tecnológica' que conduce a la liberación del hombre de las “limitaciones impuestas a él por el ambiente y las posibilidades físicas” (Panzieri 1961).

Acá surge un segundo problema. Hay que tratar de tematizar la posición que llamamos marxistas (respecto de la obrerista), según la cual la tecnología sería un mero instrumento, neutral, en las manos del hombre. Un planteamiento que remite a una metáfora amo-esclavo y que, como intentaremos mostrar, es complicado de por sí sostener en la época contemporánea.

Concepción instrumental de la técnica. Tratemos de problematizar desde el punto de vista filosófico esta noción, para entender en qué nos puede servir a la hora de analizar las formas de producción contemporáneas. Se trata de una concepción que en la época moderna no tiene una fundamentación filosófica rigurosa y que no se puede atribuir a un autor en particular o a un conjunto de autores. Parece más bien un sentido común sobre el papel que la técnica desempeña en la sociedad moderna. Según esta perspectiva, el hombre tendría la tecnología completamente bajo control y decidiría cómo utilizarla. En esta concepción podemos aislar tres postulados fundamentales que nos interesan y que están interconectados:

a) neutralidad de la técnica: es el punto central de nuestro trabajo y, como dijimos arriba, representa la ruptura entre Panzieri y la tradición marxista italiana, que fundamenta la revolución copernicana obrerista. La neutralidad de la técnica implica una separación completa entre medios y fines. Esto presupone un esquema problema-solución en el cual los medios se deciden solamente en función de los fines. Semejante esquema podía tener cierta utilidad en la antigüedad, cuando por ejemplo el hombre, para poder comer, tuvo que aprender a matar animales construyendo con ese propósito armas rudimentales. Al contrario resulta mucho más difícil, si no imposible, pensar de esa manera cuando toda una serie de posibilidades se dan solamente por el hecho de tener a disposición ciertos artefactos tecnológicos, que constituyen el ambiente en que vivimos.

b) heteronomía de los artefactos: este segundo postulado está directamente vinculado con el primero y se trata de su prosecución lógica. Si la técnica es neutral y carece de cualquier valor, todo tipo de peso político de la acción cae sobre la decisión del agente, quien elige un determinado fin. Pensemos en un cuchillo. Lo podemos usar para abrir una manzana y comerla o para acuchillar a un ser humano. En el diseño del cuchillo no está inscrito ningún fin, por lo tanto la acción que se lleva a cabo usándolo depende solamente de la decisión del usuario

c) esquema de acción problema-solución: este esquema sigue lógicamente el primero y el segundo. Implica la identificación de un problema, así como de una técnica o un conjunto de técnicas que no tienen en sí ningún valor y que podemos usar para resolver

un problema x, pero también para resolver un problema y. Medios y fines no están interconectados, el agente tiene que resolver un problema y elige los medios más convenientes.

Como dijimos, esta mirada podía tener cierta utilidad en la antigüedad, y era a grandes rasgos la concepción aristotélica de la *techné*. En *Filosofía de la producción*, remitiendo a la distinción entre *praxis* y *poiésis* - la primera es la acción humana, fundamentalmente política y la segunda es la actividad productiva, fabricativa que se dirige al trabajo de la naturaleza - el filósofo Enrique Dussel nos muestra como para el estagirita, la *poiésis* no se ocupa ni de lo que es necesario (competencia del saber teórico), ni de lo que se decide ética y conyunturalmente, el saber político. Por lo tanto es la actividad de la *praxis*, la política, la que pone los fines. Los medios utilizados - la actividad poiética - no tienen ningún peso valorativo. Reconstruyendo la historia de la producción, el autor indica que esta relación de subordinación entre los dos tipos de actividad se mantuvo a lo largo de la época feudal. Citando a Santo Tomás y su distinción entre *facere* y *agere*, el objetivo del *ars* - la producción - no es el fin de la vida humana en cuanto tal, sino el medio para dicho fin. Aquí es la prudencia, la actividad política, que se dirige al fin humano en general y que determina el *ars*. La jerarquía entre las dos sigue apareciendo de modo evidente.

Nos parece que es igualmente claro que esta concepción se complica a la hora de encarar la tecnología en la época contemporánea, cuando el proceso productivo puede ser visto como un ambiente que condiciona la vida del género humano. Podemos usar otra vez las palabras de Dussel, para hipotetizar una manera de pensar el problema que nos interesa, en la contemporaneidad:

El hombre, trabajando la naturaleza, comenzó a organizar un sistema instrumental que, lentamente, por acumulación e imbricación sucesiva, fue constituyéndose en cultura (...) este sistema material o cultural que se depositaba transformativamente en la naturaleza, no sólo era fruto del trabajo sino, al mismo tiempo, el condicionante material de la vida humana en su totalidad (Dussel 1984: 30)

Es decir que la tecnología es un modo de vida que sobredetermina la elección de ciertos fines. Una tesis expresada y ampliada por Castoriadis, a quien Panzieri conocía y que define la técnica como una dimensión cultural. La contribución más determinante que nos parece que da el intelectual griego-francés, es que pensar la técnica como un mero instrumento, nos obligaría a pensar al mismo tiempo un conjunto de necesidades propias de la especie humana, definidas de una vez y para siempre, y a las cuales el hombre respondería con soluciones progresivamente perfeccionadas a lo largo de la historia. En cambio, para Castoriadis no hay un punto fijo de las necesidades humanas, porque

el abismo que separa las necesidades del hombre como especie biológica y sus necesidades en tanto ser histórico, está surcado por el imaginario del hombre, pero el instrumento utilizado para surcarlo es la técnica (...) La técnica tomada in toto, no es simple instrumento, y su especificidad co-determina cada vez más lo que es surcado: la necesidad histórica no es definible fuera de su objeto (Castoriadis 2004: 57)

La concepción instrumental se vuelve así completamente inservible para nosotros. No nos parece, de todas maneras, que pueda ser esta la concepción de neutralidad que Panzieri atribuye a la Cgil y a la mayoría del movimiento obrero oficial italiano (y no sólo). Creemos más oportuno encarar de otra manera el problema, introduciendo una diferenciación entre dos tipos de neutralidades: la metodológica y la fáctica, tal como es planteado por el filósofo alemán Friedrich Rapp. En su *Filosofía analítica de la técnica*, Rapp divide la neutralidad en metodológica y fáctica. Esta división se basa sobre la convicción de que metodológicamente la neutralidad es posible, ya que un mismo

conjunto material puede ser utilizado para lograr fines distintos. Traducido en otras palabras: la fábrica de tipo fordista puede ser usada tanto para lograr un aumento de la productividad y del plusvalor relativo, como para poder aumentar la base de población que puede acceder a bienes de consumo considerados de primaria importancia – es más o menos esta la postura de León Trotski, que llegó a afirmar que el taylorismo, por lo tanto la racionalización extrema del trabajo de fábrica, era malo en su uso capitalista, pero bueno en su uso socialista. Pero al mismo tiempo, siguiendo a Rapp, decimos que desde el punto de vista fáctico la neutralidad es imposible. Con esto el filósofo quiere decir que las decisiones técnicas determinan ciertas coacciones objetivas que siguen influyendo en el futuro y no pueden ser neutrales, siendo que implican efectos secundarios considerados, pero también no deseados o simplemente no previstos. Nos parece que de alguna manera admite que la técnica crea un mundo.

Quizás esta diferenciación es más pertinente para aclarar la posición del marxismo italiano, pese a que el debate interno a la *Cgil* y la polémica de Panzieri no se dio en términos de filosofía de la técnica y la palabra neutralidad lo cruzó sin tornarse demasiado relevante. A nuestra manera de ver esa postura no planteaba la no-neutralidad fáctica de la forma de producir moderna. El sistema de las fábricas era racional e incuestionable ya que representaba el despliegue de la racionalidad técnica cuya dirección está indicada. Por lo tanto el sistema de fábricas era neutral metodológicamente. Pero un tipo de perspectiva como esa no subestimaba el hecho de que la industria moderna daba lugar a una serie de efectos secundarios que había que calcular y manejar. Por ejemplo, con los planos socialistas o con la políticas keynesianas. La técnica fácticamente no es neutral y la gran tarea política es justamente gestionar los efectos, para corregir algunas distorsiones que el uso capitalista introduce en estos procedimientos. Nos parece que la crítica que Panzieri dirige a la *Cgil* es la de quedarse, con Ricardo, fuera del taller de la producción.

Al contrario, lo que Panzieri plantea en este ensayo es la “construcción de una racionalidad radicalmente nueva y contrapuesta a la racionalidad practicada por el capitalismo” (Panzieri 1961). No nos importan acá las críticas que una parte de los obrerista habría hecho posteriormente a Panzieri. La posibilidad de la revolución copernicana desde el punto de vista de la técnica, estaba dada, y con ella todo lo que surgió desde la perspectiva filosófica y política. Desde ese momento fue posible para los obreristas abrir la puerta del taller de la producción para llevar ahí adentro el conflicto. Esta hipótesis genealógica que tratamos aquí de describir, una hipótesis donde cobra centralidad la politicidad de la forma de organizar la producción, puede volverse una herramienta conceptual muy importante a la hora de abordar una reflexión crítica sobre la producción contemporánea que apunte a repensar la relaciones de clases en el marco post-moderno. La línea interpretativa de los post-obreristas es, parafraseando a Ure, que la producción contemporánea involucra a la ciencia para volver dócil a la mano rebelde del trabajo. Y desde esta perspectiva nos invitan a liberarnos de nostalgias modernas y de cada tentación de proponer viejos paradigmas de lucha, que pertenecen a otra composición orgánica del capital - y a pensar en un nuevo nivel de conflicto cuya formas quedan por conceptualizar.

Bibliografía:

- Boyer R. y Coriat B., *Marx, la técnica y la dinámica larga de acumulación*, Cuadernos Políticos número 43, Ciudad de México, 1985.
- Castoriadis C., *Técnica*, Revista Artefacto número 5, Buenos Aires, 2004.
- Dussel E., *Filosofía de la producción*, México, 1984.
- Foucault M., *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1992.

- Marx K., *Capital y tecnología. Manuscritos de 1861-1863 al cuidado de Piero Bolchini*, México, Terra Nova, 1980.
- _____, *Il Capitale*, Roma, Newton Compton Editori, 2008.
- Panzieri R., *Sull'uso capitalistico delle macchine nel neocapitalismo*, en *Quaderni rossi* n.1, 1961.
- Rapp, F., *Filosofía analítica de la técnica*, Barcelona, Alfa, 1981.
- Tronti M., *Operai e capitale*, Roma, DeriveApprodi, 2006.
- Virno P., *Gramática de la multitud*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2003.
- Wright S., *Assalto al cielo, per una storia dell'operaismo*, Roma, Edizioni Alegre, 2008.